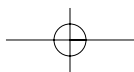
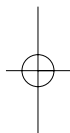
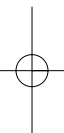
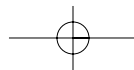
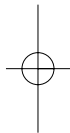
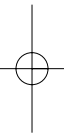




LIBRO PRIMERO

LA CANCIÓN DE ANTIOQUÍA





HERACLEA manejaba con destreza la lanzadera del telar. Aquél era un ejercicio en el que siempre había destacado. De entre las labores de la casa era su favorita, pues los gestos mecánicos le permitían avanzar en el trabajo mientras sus pensamientos remontaban el vuelo, invitándola a escapar. Revoloteaban hasta conducirla lejos de aquellas habitaciones, lejos del destino hambriento que acechaba a las puertas de su casa para abalanzarse sobre ella.

«Todopoderosa Ananke —suplicó en silencio—, aparta tus ojos de mí».

La lógica le impedía creer en aquella aterradora diosa del Destino cantada por los poetas y las antiguas leyendas, que gobernaba el cosmos por encima de las voluntades de los hombres y los dioses. Sin embargo, ahora no podía evitar sentirse encadenada a un poder despiadado, a la inexorable fuerza de un destino que acabaría arrastrándola a desposarse contra su voluntad.

¿Por qué razón, si no, se encontraba tejiendo su propia *stola*? Aquella túnica se entregaba a toda doncella el día de sus nupcias, y era el símbolo de su condición de casada. Su madre le había encomendado esta tarea con la satisfacción de quien otorga una distinción de extraordinaria valía. Al fin y al cabo, el matrimonio era el único propósito, la máxima aspiración en la vida de una joven. Desposarse y traer hijos al mundo no era sólo una misión; era el único destino de la mujer, el motivo por el que los dioses la habían creado con un cuerpo y una mente débiles, tan inferiores a los de todo varón.

Heraclea se llevó una mano a la frente, interrumpiendo momentáneamente su tarea. Si la premisa era tan evidente para todos los de-

más, ¿por qué ella no podía aceptarla? ¿Por qué razón concedía tanto valor a su castidad? ¿Por qué en sus sueños seguía codiciando el celibato y una vida consagrada al aprendizaje y la reflexión, aunque éstos fueran privilegios exclusivos de los varones?

La educación preparaba a los hombres para decidir y gobernar. Por el contrario, una mujer debía entrenarse en la obediencia, el recogimiento y la paciencia. Heraclea suspiró. Siempre había sospechado que el objetivo del proceso no era educar a las jóvenes, sino domarlas.

Sin embargo, desde tiempos remotos, la audacia del talento griego había forjado mujeres de carácter excepcional en un mundo modelado en exclusiva para los hombres. Desde la poetisa Safo, a quien el maestro Platón había definido como «la décima musa», o la ateniense Agnódice, obligada a disfrazarse de varón para educarse en las artes médicas, hasta el puñado de discípulas que hoy seguían en las escuelas de Atenas y Alejandría las enseñanzas de Plotino.

Unos meses atrás, Heraclea había preguntado a su anciano preceptor por qué los antiguos poetas habían hecho de la diosa Atenea el paradigma de la doncelez y la sabiduría, negando al mismo tiempo a toda mujer mortal la posibilidad de cultivar ambas cualidades. Al día siguiente su madre le había comunicado que daba por concluida su instrucción, y que el anciano Diodoto no volvería nunca más. Poco después ordenó a su hija comenzar a tejer aquella *stola*. Desde entonces repetía con implacable constancia que Heraclea tenía ya dieciséis años, y que a esa edad son pocas las muchachas que aún se encuentran sin casar.

—Algunas incluso se desposan al cumplir los doce, en cuanto las leyes lo permiten. Y a tu edad, la mayoría ha comenzado ya a traer hijos al mundo —recalcaba con su acostumbrada severidad. Heraclea mantenía un silencio respetuoso ante estas aseveraciones amenazantes.

Tampoco su hermano Eurímaco aventuraba comentario alguno. Actuaba como si no escuchara aquellas palabras, mudando enseguida de conversación. Jamás había pronunciado ante ella el nombre de Teógenes, el hombre que se había convertido en patrono de la familia a la muerte de su padre, al que en los últimos tiempos su madre visitaba con insólita asiduidad. Heraclea, que siempre la acompañaba, recibía infaliblemente de su protector pequeños presentes y grandes halagos. Pero Eurímaco acostumbraba a esquivar aquellas visitas, aunque aquello le costara un raudal de recriminaciones maternales que él sufría impertérrito.

—Me pregunto qué habría pensado nuestro padre de ese hombre —se había limitado a insinuar una vez, con el tono de quien, más que expresar una duda, recita una convicción—. ¿Sabes, hermanita? Ni siquiera llegaron a conocerse.

Heraclea no ignoraba la historia, a pesar de que todo en aquella casa pareciera conspirar para ocultarla. Pero Antioquía era una ciudad reacia a conservar secretos. La visita cotidiana a las termas y las eventuales reuniones vespertinas junto a vecinas y familiares bastaban para lograr devanar un ovillo de noticias y confidencias rara vez requeridas y no siempre deseadas.

—¿Por qué dices eso? —había insistido ella, fingiendo toda la ingenuidad que su hermano seguía adjudicándole sin reservas—. ¿Qué crees que podría haber pensado de él nuestro padre?

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió él con mayor cautela, aunque sin lograr ocultar un ribete de amargura.

Eurímaco tenía sólo unos pocos años más que ella, los suficientes para ser capaz de recordar a un padre del que Heraclea no conservaba memoria alguna. Hubiera deseado poder retenerlo en su espíritu y ofrendarle la misma devoción que su hermano le dedicaba. Aunque difuso y apenas hilvanado, Eurímaco poseía un ideal, un espejo en el que mirarse y frente al cual había aprendido a crecer. Ella no poseía nada. Lo más parecido al afecto paterno había sido la cortesía de Diodoto, su anciano preceptor ahora desterrado para siempre de aquella casa.

—Mi buen Diodoto —se lamentó, apenas para sí misma—, si de verdad los dioses existen, ruego que el previsor Prometeo te muestre siempre con su antorcha el mejor de los caminos.

Oyó entonces unos pasos quedos en la estancia contigua. Sinténdose azorada ante la idea de ser sorprendida en un momento de ociosidad, se apresuró a inclinarse de nuevo sobre la madeja de lana. Apenas un instante después, Pulqueria entró en la habitación, tarareando distraídamente una canción y comenzó a limpiar el brasero con movimientos rápidos y eficientes.

Heraclea la observó con atención. La joven sirvienta tenía más o menos su misma edad, pero poseía un carácter mucho más alegre y desenvuelto. En ocasiones, Heraclea envidiaba en secreto aquella jovialidad espontánea que poseía la virtud de arrancarle siempre una sonrisa.

La muchacha comprobó que la miraba, y se detuvo.

—¿Desea algo mi señora Heraclea? —preguntó solícita.

Heraclea indicó el escabel libre que se encontraba junto al suyo.

—Ven aquí, querida Pulqueria —invitó, con un gesto cómplice—. Siéntate a mi lado y cuéntame qué es lo que en estos últimos tiempos te hace sentir tan alegre.

La joven sirvienta se ruborizó ligeramente.

—No sé a lo que te refieres, mi señora.

—Claro que lo sabes. Y también sabes que si no me lo dices, lo acabaré averiguando de alguna otra manera —y le tendió las manos, sonriendo—. Vamos, Pulqueria. Hasta ahora no nos hemos ocultado nada. ¿Qué es eso tan importante que quieres guardar en secreto?

Tras un instante de vacilación, la muchacha pareció ceder. Dejó sus enseres en el suelo y se sentó junto a ella.

—He oído decir algo sobre el señor Teógenes —susurró.

—¿Sobre nuestro protector? ¿Qué has oído?

—He oído decir... —dudó de nuevo un momento— que... al *clarísimo* Teógenes le gusta ir a caballo porque... porque tiene unas pantorrillas tan blandas que parecen de crema, y que si tuviera que correr aunque sólo fuera un estadio se le desharían las piernas con el esfuerzo.

Heraclea se cubrió la boca con la mano, para que la sirvienta no advirtiera que la risa amenazaba con apoderarse de sus labios. No le costó esfuerzo alguno adivinar quién había pronunciado aquellas palabras. Eurímaco siempre había sido mejor atleta que pensador, y no sentía especial simpatía hacia quienes corrían entre despachos y oficinas en vez de hacerlo en el estadio, y preferían luchar en los tribunales a pelear en la palestra.

Sin embargo, ella nunca se había detenido a considerar que su hermano pudiera tener tanta familiaridad con la sirvienta como para expresarse ante ella con semejante lenguaje.

—Pulqueria —respondió aparentando severidad—, ¿nunca te ha dicho nadie que eres una desvergonzada?

—Alguna vez sí, señora. Pero por el tono, no parecía que el hecho de serlo fuera tan malo...

Se interrumpió de repente. Sus ojos brillaban como las ascuas del brasero en la oscuridad nocturna. Se habían posado sobre Eurímaco, que se encontraba ahora a la puerta de la estancia.

LAS PUERTAS DE SEDA

Heraclea, pese a su desapego por los lazos de Afrodita, comprendió inmediatamente el significado de aquella mirada. Y suspiró para sus adentros, mientras su hermano se aproximaba armado con la mejor de sus sonrisas.

—Saludos, hermanita. ¿Qué noticias traes hoy desde el telar? ¿Sigue la irreprochable Penélope fingiendo tejer el sudario de Laertes?

Ella abandonó la lanzadera sobre el regazo y se volvió para contemplar a su hermano.

—¿Por qué dices eso, Eurímaco? Bien sabes que yo no deshago de noche lo que tejo de día.

—¿De veras? ¿Significa eso que tú sí tienes prisa por entregarte a un pretendiente?

Por alguna extraña razón, en los últimos tiempos Eurímaco exhibía un talento inagotable para importunarla con sus comentarios. Sospechando que era precisamente eso lo que él pretendía, se guardó muy bien de mostrar su irritación.

—No sé qué puede incitarte a compararme con la esposa de Odiseo, hermano mío. A no ser el hecho de que también yo tengo en mi casa un Eurímaco, y tal vez eso debería inducirme a buscar una Melanto.

La sonrisa de Eurímaco se ensanchó. No parecía en absoluto turbado por la comparación.

—«Melanto, la de bellas mejillas, a quien engendró Dolio y crió y educó Penélope como a hija suya, dándole cuanto le pudiese recrear el ánimo —recitó, burlón—. Mas con todo eso, no compartía los pesares de Penélope, sino que solía acostarse y hacer el amor con Eurímaco».

Ahora el sonrojo de la sirvienta era más que patente. Fingiendo no advertirlo, Heraclea se volvió de nuevo hacia el telar y, tomando el tensor, comenzó a enrollar el tejido, dando por concluida la labor.

—Querida Pulqueria, ve a buscar la rueca y el huso, y tráeme el lino si ves que está ya seco.

La muchacha se deslizó en silencio fuera de la estancia, a todas luces aliviada por el cambio de conversación. Eurímaco aprovechó para tomar el escabel que ella había ocupado y sentarse junto a su hermana. Ella negó en silencio con la cabeza.

—Sólo cuida de que no llegue a oídos de nuestra madre.

—Sabes que no habrá tiempo para eso, hermanita —respondió él, zalamero, inclinándose hacia ella para besarla en la frente. Aquel

gesto siempre la desarmaba. Mas en esta ocasión la mirada severa de Heraclea no se dulcificó.

—Hablo en serio, Eurímaco. Tú eres su hijo, y las faltas de los hombres siempre encuentran disculpa, pero nuestra madre no será tan comprensiva con ella, y no quiero que la pobre Pulqueria tenga que pagar por tus caprichos. Lo mejor para todos sería que dejaras de importunarla.

Él frunció el ceño, molesto.

—En primer lugar, hermana, te equivocas del todo si piensas que mis atenciones la incomodan. Y en segundo, me entristece descubrir que ella es más compasiva que tú, si el hecho de que tu hermano vaya a partir al frente en pocos días te inspira tan poca indulgencia. Francamente, esperaba más comprensión por tu parte.

Nunca había visto que Eurímaco se enojase ante una recriminación de su madre. Sin embargo, los reproches fraternales sí parecían poseer la facultad de herirlo.

—¿Y tú hablas de indulgencia? ¿Has pensado en lo que has hecho? Tú te irás, y... ¿qué va a ser ahora de Pulqueria? ¿Qué hombre honesto querrá desposar a una mujer que ha perdido... lo que ella ha perdido?

Él se rascó la frente y sonrió. Era el mismo gesto que hacía cuando el anciano Diodoto lo acorralaba en una discusión dialéctica de la que no sabía cómo escapar.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —protestó, finalmente—. Mírate, hermanita, estás obsesionada con el matrimonio. ¿De dónde ha salido esa filosofía de matrona?

Heraclea continuaba mirándolo sin pestañear. ¿Por qué últimamente su hermano parecía obcecado en no comprender? Había oído comentar que ciertas familias acomodadas ofrecían a sus varones una esclava para que pudieran satisfacer en ella los ardores de la juventud antes de asignarles una esposa legítima. Pero su madre no contemplaba, siquiera remotamente, aquella posibilidad. Y Pulqueria era una muchacha libre, no una esclava. Una muchacha que tenía derecho a encontrar un hombre que la respetase como esposa. Heraclea temblaba ante la idea de que un hombre la arrastrase a su lecho, ante la premonición del dolor atroz del alumbramiento, pero sabía que Pulqueria era diferente.

—De todos modos, ya es demasiado tarde para inquietarse por eso, hermanita —insistía Eurímaco, pasando ahora el brazo alrede-

dor de su cintura—. Verás lo que he pensado: Pulqueria es una chica agraciada, limpia y trabajadora; le daremos una buena dote y ya verás cómo encuentra marido sin problemas. Pero eso será más tarde. No te preocupes tanto y deja que ahora disfrute de los placeres de Afrodita. Te aseguro que luego, durante el matrimonio, será demasiado tarde...

Heraclea se desembarazó con resolución del brazo de su hermano.

—¿De verdad? —insistió, desafiante—. ¿Y qué dirías tú si el *clarísimo* Teógenes, como tú lo llamas, pensara lo mismo sobre mí?

Eurímaco se puso en pie, como si repentinamente el asiento lo abrasara.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, con los ojos relampagueantes de furia—. ¿Es que él te ha insinuado algo así?

—¿Es que *tú* piensas que *podría* insinuarme algo así? —contraatacó ella. Pese a la diferencia de edad, Heraclea acostumbraba a salir vencedora de las disputas dialécticas con su hermano—. ¿Es eso lo que temes, Eurímaco? ¿Es esa la razón de que lo desaires así?

Su hermano rompió entonces a reír. Era su último recurso para evitar admitir una derrota o formular una rendición, y normalmente funcionaba.

—Vamos, hermanita, no he venido aquí a discutir contigo. —Eurímaco le rodeó los hombros con su brazo, y la sacudió afectuosamente—. ¿Sabes lo que podríamos hacer con esta túnica tuya? Deshacer lo que has urdido en los últimos días, igual que deshilaba la vieja Penélope...

Intentó apoderarse de la lanzadera. Ella lo golpeó en la mano, con afectada sequedad, y se hizo ágilmente con el instrumento.

—¿No tienes nada que hacer, hermano, aparte de quedarte aquí importunándome?

—Tengo cientos de cosas que hacer —respondió él, tratando de agarrar ahora el ovillo de lana cruda—. Pero me entristece pensar que dentro de poco no podré seguir viniendo a visitarte. Pobre Heraclea, vas a echarme tanto de menos...

A pesar de la mordacidad de su tono, Heraclea percibió un leve eco de melancolía en aquellas palabras. «Es cierto que voy a echarte de menos, hermano mío», pensó, sintiéndose súbitamente consternada. «Voy a añorarte tanto, tanto...». Y no le cupo la menor duda de que también él la extrañaría, más que a todos sus amigos y conoci-

O L A L L A G A R C Í A

dos; supo que sentiría su pérdida más que la de los gestos cotidianos; más que el adiós al palpito de las calles de Antioquía, a la canción de su adorada ciudad.

Sin intentar detenerlo, permitió que su hermano se apoderara del ovillo y comenzara a desmadejarlo con sus dedos fuertes e impacientes.

—Sabes que en el fondo lo hago por ti —murmuró él, bajando la voz como si de repente se sintiera abrumado—. ¿Lo sabes, verdad?

—¿Hacer qué? —preguntó Heraclea, sin comprender.

—Alistarme. No permitiré que lo de hace tres años vuelva a suceder.

Ella sintió un estremecimiento involuntario. Tres años atrás Antioquía se había visto asediada por los escuadrones persas, que finalmente habían logrado irrumpir en la capital con la ferocidad de una jauría de perros rabiosos. Los invasores se habían arrojado sobre los ciudadanos indefensos con una escalofriante crueldad. La violencia y los saqueos se habían difundido con la saña aterradora de un brote de peste. Ni una sola de las casas de la ciudad había escapado a las garras coléricas de los bárbaros. Desde el anfiteatro, las termas y el teatro de César hasta el majestuoso templo de Hécate y la gran isla sobre el río Orontes, que albergaba el hipódromo y la fastuosa residencia imperial, toda Antioquía había sido salvajemente devastada. Pero la depredación no se había limitado a las tierras y las posesiones de los ciudadanos: también los hombres y, sobre todo, las mujeres, habían quedado marcados por la brutalidad del ejército invasor.

Pero la diosa Hestia, protectora de los hogares, había mirado con ojos compasivos aquella casa. Sus propiedades habían sido violentamente saqueadas, mas ellos no habían sufrido daño alguno. Durante varios días habían permanecido acurrucados en la oscuridad, en una angosta alacena hedionda junto al depósito de las letrinas, que ninguno de los saqueadores había sentido la tentación de registrar.

Rememorar aquello le provocó un escalofrío de angustia. Instintivamente, Heraclea cerró los párpados y agitó las manos ante su rostro, como si los recuerdos dolorosos pudieran espantarse igual que un enjambre enfurecido de abejas.

Cuando abrió los ojos, comprobó que su hermano la observaba con una extraña expresión.

—Yo era casi un niño entonces —prosiguió—. Pero ya no lo soy. Y no permitiré que vuelva a suceder.

L A S P U E R T A S D E S E D A

Eurímaco sacudió la madeja, completamente desmenuzada. En los pocos instantes necesarios para realizar aquel gesto se había recompuesto, y un destello sarcástico titilaba de nuevo en sus pupilas.

—Por Hermes, durante aquellos días no dejaste de llorar como un cachorro perdido, abrazada a mí...

—Eso no es cierto —protestó Heraclea, recuperando al instante la combatividad.

—Así es como yo lo recuerdo —la hostigó él, con un gesto burlesco—. ¿Y sabes qué más recuerdo? Que cuando pudimos salir de aquel agujero, aquella primera noche tú te negabas a dormir, por miedo a que ellos volvieran... ¿Te acuerdas?

Heraclea asintió lentamente, sin apartar los ojos de él. Eurímaco se había alzado y ahora se inclinaba sobre ella, con una de sus manos posada sobre el hombro de su hermana.

—Entonces yo traje una estera y me acosté junto a tu cama, y te dije que podías dormir tranquila, que a partir de aquel momento te protegería siempre. Y te dije...

—... me dijiste —completó ella—, me dijiste... que no permitirías que nada ni nadie me hiciese llorar nunca más.

Él sonrió y la besó en la frente. Puso en sus manos la madeja deshecha y abandonó la habitación.